

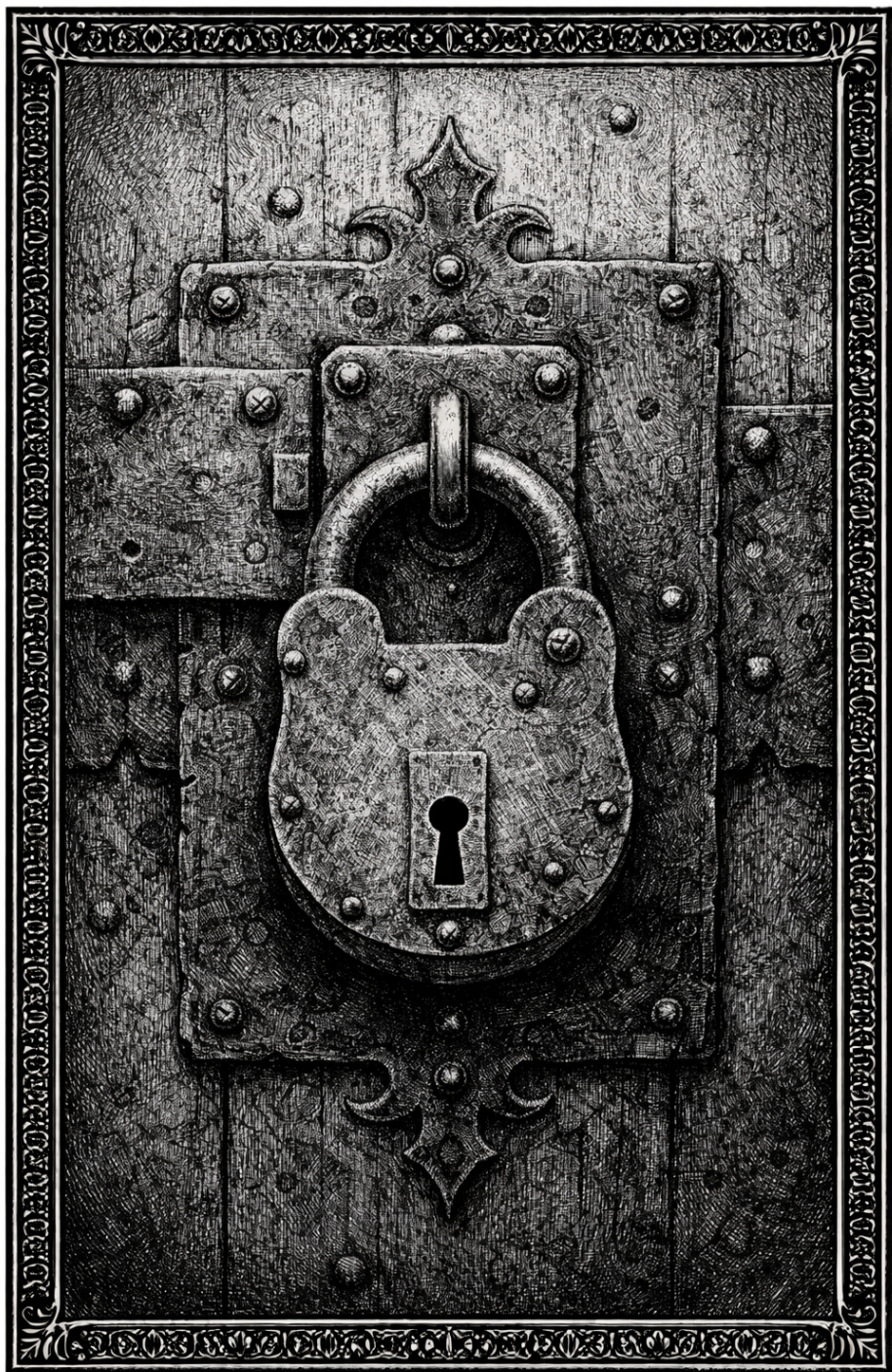
ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



6.- NO SALGAS DE CASA

Los días posteriores no llegaron con novedades ni extrañezas. Se fueron acomodando unos dentro de otros, como piezas de un rompecabezas que no busca ser resuelto con prisa. Las semanas aparecieron, se diluyeron y dieron paso a los meses. La vida continuaba avanzando por su cauce habitual, ese en el que trabajar no es una elección, sino parte del simple acto de sostener la existencia.

Nada parecía distinto... y, sin embargo, algo lo era.

Una mañana, los rayos dorados del sol comenzaron a filtrarse entre las rendijas de la persiana. La luz entró con suavidad, sin imponerse, dibujando sombras tenues sobre las paredes. Abrí los ojos y permanecí unos segundos inmóvil, observando el techo, dejándome alcanzar por esa sensación ambigua entre el despertar y el sueño.

Me incorporé lentamente, tallando mis ojos con las muñecas. La rutina tomó su lugar casi por inercia.

La ducha caliente. El traje negro. El café aromático. Ese ritual silencioso que acompaña el inicio de tantos días. Me acerqué a Mony, la besé con cariño y me dispuse a salir rumbo a la oficina.

Fue entonces cuando algo comenzó a desajustarse en el correr de la realidad.

Mony no solía quedarse en casa.

Yo no acostumbraba vestir traje para ir a la oficina, como lo hacía en México.

Y las llaves que sostenía entre los dedos... no pertenecían a mi auto.

No hubo sobresalto.

No hubo miedo.

La comprensión llegó con una calma inquietante, como si una parte de mí ya supiera la respuesta antes de formular la pregunta.

Sí, estaba dentro de otro sueño.

Lo acepté sin resistencia. Quizá porque la curiosidad de saberme dentro de un sueño me invitó a explorarlo, como si, en algún nivel, supiera lo que vendría. Decidí continuar. Había cierta lucidez en mí, aunque no era completa. No se trataba de controlar el sueño, sino de **permanecer consciente dentro de él**.

El trayecto hacia la oficina no evocaba el déjà vu de experiencias anteriores. Era distinto. Las calles parecían familiares, pero los detalles que recordaba no aparecían, como si la escena hubiese sido montada con pequeños errores deliberados.

Al llegar a la calle donde se alzaba el edificio ejecutivo, mi atención se detuvo de inmediato.

Los ventanales, antes impecables y reflejantes, estaban ahora marcados por fracturas irregulares. Vidrios rotos. Grietas que no parecían recientes.

Me quedé observándolos unos segundos, buscando una explicación lógica... pero no la encontré.

Entré con curiosidad al edificio.

El vestíbulo estaba vacío. La recepción, desierta. El silencio se sentía más denso de lo habitual, como si el espacio contuviera algo que aún no terminaba de revelarse. El ajetreo de la gente apresurada había sido reemplazado por una soledad fría. Solo al fondo, cerca de los ascensores, dos jóvenes permanecían de pie, uno frente al otro. Parecían conversar de manera casual, pero había algo contenido en su postura, una inquietud difícil de nombrar.

Mientras caminaba hacia ellos, alcancé a escuchar fragmentos de palabras sueltas.

Uno de ellos, el que hablaba con mayor efusividad, mencionaba

estruendos.

El cielo.

Me acerqué despacio, sin intención de interrumpir. Conforme reducía la distancia, las frases comenzaron a adquirir sentido. Me detuve junto a ellos, mirando el indicador de pisos del elevador, que mostraba que venía en camino. Uno de los jóvenes relataba un sueño que había tenido la noche anterior.

Entonces, el ascensor se abrió.

Entré con ellos sin pensarlo, como si el interés por escuchar me hubiera hecho olvidar por completo el motivo de mi presencia ahí. Las puertas se cerraron y el ascenso comenzó. No escuché toda la historia, pero fue suficiente para sentir una familiaridad inquietante.

Hablaba de los sonidos en el cielo.

De las serpientes de fuego, con cabeza de león, que descendían desde lo que él describía como un hoyo abierto en el firmamento.

No cabía duda.

Hablaba de mi sueño.

El joven que escuchaba mostraba señales evidentes de impaciencia. Su atención parecía más una cortesía que un interés real. Cuando el ascensor se detuvo en el primer piso, sonrió brevemente y dijo, con un tono que no ocultaba del todo la ironía:

—Qué extraño sueño... pero así son los sueños, ¿no?

Salió sin despedirse, dejándonos solos al joven narrador y a mí.

Las puertas se cerraron de nuevo.

Durante unos segundos no supe qué decir. Sentía que cualquier palabra podía romper algo frágil. Finalmente, casi en un susurro, pronuncié:

—Angelismo.

El joven se giró de inmediato. Sus ojos se clavaron en los míos con una mezcla de sorpresa y alerta.

—¿Cómo sabes? —preguntó.

—Yo también lo soñé —respondí.

Me sostuvo por los brazos, como si necesitara anclarse a algo real.

—¿Pero... como puede ser? ¿Hasta dónde soñaste tú? —dijo, con una mezcla de emoción y miedo en la voz.

—Hasta el final... o por lo menos... hasta que se me revela la palabra: Angelismo —le contesté con seguridad.

Negó lentamente con la cabeza.

—No terminó ahí —dijo, mirándome fijamente.

Sentí un nudo formarse en la garganta.

—¿Qué más ocurrió? —pregunté, sin apartar la mirada.

El ascensor seguía subiendo. El tiempo parecía dilatarse, como si el edificio ocultara muchos más pisos de los que podía albergar. El joven respiró hondo antes de continuar.

—Después de que descendieron, una de las serpientes se acercó a mí. Me reveló la palabra... Angelismo, y luego me entregó un mensaje.

Hizo una pausa.

—El ser dijo: *El tiempo ha llegado y la elección ha sido tomada. Cuando llegue el momento, no salgas de tu casa. No tengas ídolos falsos en ella. Y pon la marca en tu puerta.*

Mientras el joven hablaba, no fue necesario que describiera lo que ocurrió después. Su expresión lo decía todo. Pude sentirlo. Pude verlo. - Dijo pensativo y claramente conmovido. El mundo

envuelto en llamas. Sombras avanzando entre los hogares. Almas arrancadas de los cuerpos. Fuego extendiéndose sin resistencia, como si ya nada pudiera contenerlo.

—Y en ese momento desperté —dijo al final.

—¿Cuál es la marca? —pregunté, incapaz de ocultar la urgencia.

Negó despacio.

—No la vi. No lo sé.

El ascensor se detuvo tras un ascenso que se había sentido interminable.

El joven salió, pero antes de que las puertas se cerraran volvió el rostro hacia mí. Su voz ya no tenía urgencia. Era firme, casi serena.

—No salgas de tu casa. No tengas ídolos falsos en ella. Y pon la marca en tu puerta.

Las puertas comenzaron a cerrarse lentamente. Justo antes de hacerlo por completo, el joven alzó la voz una última vez:

—No salgas de tu casa.

En ese instante sentí ese desplazamiento imposible de evitar, como si hubiera sido succionado fuera de esa realidad. Un vacío breve, absoluto... y entonces desperté.

Abrí los ojos sin saber con certeza en qué plano me encontraba. Permanecí sentado en la cama, inmóvil pero agitado, observando mi entorno como si lo viera por primera vez. No sentía miedo. Tampoco tranquilidad. Era otra cosa. Una comprensión que no necesitaba palabras.

No era el único. - Pensé.

Otros... habían recibido también el mensaje.

Recordé entonces esas miradas aisladas, esos pocos que parecían no estar dormidos ni congelados en la calle durante los primeros sueños. Aquellos con quienes crucé la mirada sin poder intercambiar palabra alguna. Tan cerca físicamente... y tan lejos en todo lo demás.

Miré mi hogar.

Las paredes.

La puerta.

Me cercioré de estar despierto esta vez, antes de continuar. Tocaba las sábanas, y frotaba mi cara con mis manos.

Entonces me quedé ahí, sentado en la cama, dejando que el silencio terminara de hablar.

La pregunta no pedía respuesta inmediata.

Solo pedía ser sostenida.

¿Estaría preparado para lo que estaba por venir?





7.- VIVE UNA VIDA HERMOSA

Como ya empezaba a volverse costumbre —una reacción que, sin darme cuenta, se estaba convirtiendo en una regla— desperté a Mony antes de que el sueño se disolviera por completo en la neblina de la vigilia. Aún con el pulso acelerado y la emoción vibrando en el pecho, le conté que el sueño no había terminado del todo, que había dejado una estela abierta, una secuela que no prometía alivio alguno, pero que sin duda añadía más capas de misterio y nuevas preguntas sin resolver.

Así, todavía medio envueltos en la penumbra de la madrugada, ambos nos embarcamos en el intento de descifrar aquellos mensajes que parecían haberse grabado no solo en nuestra memoria, sino en algo más profundo, como si hubieran sido impresos directamente en la conciencia.

“No salgas de casa”.

Jamás habríamos podido imaginar que catorce años después aquella frase adquiriría un sentido tan literal y tan global. No solo para nosotros, sino para el mundo entero.

(Si eres humano y habitas en el planeta Tierra, quizá puedas anticipar a qué me refiero).

Las preguntas regresaron, insistentes, y las analizábamos bajo el microscopio del escrutinio.

¿A qué se refería con “no tengas ídolos falsos”?

¿Y qué era exactamente “la marca”?

La información, entregada de forma tan encapsulada, tan simbólica y conceptual, comenzaba a ejercer nuevamente presión sobre mi cordura. Aunque la respuesta fundamental —la certeza de que algo

estaba ocurriendo— había sido entregada sin lugar a dudas, muchas otras incógnitas se amontonaban en mi mente, proyectando sombras allí donde antes había claridad.

Con la ventaja que otorga la retrospectiva, hoy entiendo que aquella inquietud era perfectamente justificada.

¿Qué pasaría si alguien te entregara un mensaje que contuviera la cura para todas las enfermedades del mundo... pero codificado en una compleja fórmula química?

El lenguaje científico, el significado de cada elemento, la lógica interna de la ecuación, serían completamente ininteligibles para quien no poseyera ese conocimiento avanzado. Podrías tener algo invaluable y trascendental en tus manos y, aun así, no comprenderlo. Saber de dónde proviene el mensaje o quién te lo entregó no cambiaría esa limitación. Así que el reto era descifrar el mensaje.

Ahora sabía —o al menos quería creerlo— que el mensaje era genuino, que su origen provenía de Uriel o, por lo menos, hacía referencia a él. Durante un tiempo, esa convicción llenó mi corazón de alegría y me hizo sentir especial, elegido. Pero pronto surgieron preguntas más afiladas, más incómodas, que comenzaron a erosionar esa sensación, y el cuestionamiento regresó, quizá con mayor intensidad que antes.

¿Qué significa todo esto?

¿Qué estás intentando decirme?

Las preguntas se acumulaban hasta desembocar en una sola, la más profunda, nacida desde el centro mismo de mi ser:

¿Qué hago con esto?

Creo en el mensaje.

Creo que intentas comunicarte conmigo, aunque no comprenda por

qué yo.

Pero ayúdame a entender:

¿Qué hago con esto?

Esta vez, ante mi súplica, no hubo respuesta.

Y la vida siguió su curso.

Pasaron un par de semanas desde aquella súplica sin eco. Mi corazón había quedado en una especie de decepción silenciosa, aunque no ocupaba mi mente consciente. El día, en cambio, se mostraba espléndido. El sol calentaba con generosidad y un grupo de pericos revoloteaba entre los árboles que rodeaban nuestro hogar, persiguiéndose unos a otros como si celebraran algo invisible.

Decidí salir al patio a regar el jardín y disfrutar de ese momento.

Nuestra casa no era grande, pero teníamos la fortuna de contar con un espacio que la rodeaba, un pequeño oasis que también era el territorio de nuestro fiel compañero, LOBO, el Alaskan Malamute. Al frente, las hermosas y exóticas plantas, llamadas: “aves del paraíso” se alzaban con sus colores intensos, y la cerca viva — formada por arbustos alineados — creaba una especie de muro natural que nos aislaba del mundo exterior.

Tomé la manguera, la conecté a la llave del patio, ajusté la pistola en modo de riego y comencé a refrescar las plantas, dejándome envolver por la calma de la tarde después de un día especialmente caluroso.

El sol descendía lentamente, derramando su resplandor dorado sobre el jardín. El verde de las hojas brillaba bajo el rocío reciente. La manguera estaba fresca entre mis manos, y el sonido constante del agua componía una banda sonora suave, casi hipnótica. Los pericos cruzaban el cielo en ráfagas verdes, sus alas reflejando destellos esmeralda bajo la luz del atardecer.

Entonces, sin previo aviso, todo quedó en silencio. El viento se detuvo, el parloteo de los pericos calló. Parecía que, de pronto, el mundo se hubiera congelado. Todo... menos la manguera que sostenía, de la cual el chorro de agua seguía saliendo. Estaba intentando comprender qué pasaba... cuando lo vi.

Al otro lado de nuestra barda natural de arbustos, apenas visible de los hombros hacia arriba, había un hombre observándome. Su mirada, serena y profunda, parecía atravesarme como un rayo de luz. Su cabello y su barba, de una blancura impecable, se movían suavemente con la brisa. Su rostro, marcado por el tiempo, transmitía una sabiduría antigua, como si hubiera sido testigo de incontables eras. Sus ojos, de un tono similar a la miel del maple, eran tranquilos y vastos, pozos de conocimiento que parecían abarcar el universo entero. Y su sonrisa —sutil, amistosa— comunicaba algo que iba más allá de las palabras.

Lo observé avanzar hacia mí. Su figura parecía luminosa, destacándose contra el fondo del jardín. Tenía la sensación de que no estaba sujeto a las leyes de la física, de que se desplazaba con una gracia que desafiaba la realidad misma. De una forma casi inmaterial, el hombre atravesó la cerca de arbustos.

Sin poder parpadear, de pronto estaba dentro de mi patio, de pie frente a mí.

No sentí miedo.

Mis dedos seguían aferrados a la manguera, apuntando justo hacia él. Se aproximó con pasos seguros y pausados, y atravesó el chorro de agua sin mojarse. Se detuvo a mi lado y, sin tocarme, se inclinó levemente —su estatura superaba la mía— y acercó su boca a mi oído.

Entonces, en un susurro claro, suave y definitivo, me dijo:

—Vive una vida hermosa.

En el instante en que esas palabras fueron pronunciadas, las lágrimas brotaron de mis ojos. La pistola de riego resbaló de mi mano y cayó al suelo. Y, como ocurre en “los sueños”, el visitante se desvaneció.

¿Quién era aquel hombre?

Su rostro me resultaba familiar, pero la sorpresa había bloqueado mi mente, impidiéndome acceder a cualquier recuerdo. Mi razón quedó suspendida, pero mi corazón, en cambio, vibraba con una certeza absoluta. En medio de la confusión, mi intuición se abrió paso con firmeza.

Sabía —sin necesidad de explicación lógica— que existía un vínculo entre nosotros. Mi mente, con el tiempo, terminaría comprendiendo lo que mi corazón ya sabía: no era la primera vez que nuestros caminos se cruzaban, ni sería la última. Su presencia no era casual. En cada encuentro y en cada reencuentro se tejía un propósito profundo que solo el paso de los días se encargaría de revelar.

De pronto, como si la vida misma hubiera presionado *PLAY* en un reproductor invisible, los sonidos regresaron de golpe: el canto de las aves, el susurro del viento, las voces de los niños jugando en la calle, los aromas del atardecer. Todo parecía haber estado en pausa, esperando ese instante para continuar.

Mis piernas me llevaron corriendo hacia la casa. Las lágrimas nublaban mi visión, pero sabía exactamente a dónde dirigirme.

—¡Mony! ¡Mony! —grité al entrar.

Ella se acercó de inmediato, con una mezcla de sorpresa y preocupación al verme llorar. Me preguntó qué había ocurrido, con la angustia de no saber qué pasaba. Entonces le conté todo y concluí con una sola frase:

—Ahora lo sé... lo único que tenemos que hacer es vivir una vida hermosa.

Nos abrazamos en silencio. Al mirarla, vi asombro y curiosidad reflejados en sus ojos.

—“Vivir una vida hermosa...” —susurró—.

¿Crees que este mensaje es solo para nosotros?

¿Habrá más personas en el mundo que lo estén recibiendo?

Asentí, recordando aquella reflexión sobre la persona de mi sueño, aquel que había soñado lo mismo.

—Podría ser —respondí—. ¿Cuántos otros estarán intentando descifrarlo ahora mismo?

—Pero... ¿qué significa realmente “vivir una vida hermosa”? —preguntó.

—No lo sé —le dije a Mony—. Tendremos que encontrar nuestro propio significado. Tal vez sea vivir con propósito... y aprender a disfrutar cada momento... no lo sé.

El sol terminó de ocultarse mientras nuestras palabras flotaban en el aire.

—Tenemos mucho que reflexionar —concluyó—, una verdad por descubrir, y llegar a entender qué significa vivir una vida hermosa. Lo importante es lo hagamos juntos.

Asentí. Sabía que, aunque el mensaje seguía siendo enigmático, encontraríamos su sentido en nuestra propia vida, caminándolo, juntos.

El silencio que siguió parecía lleno de resonancias invisibles. No obtuvimos más respuestas aquel día, pero algo dentro de nosotros supo que habíamos comenzado a comprender el propósito detrás de todo. Los días continuaron su curso, acompañados por la sensación persistente de que estábamos siendo guiados por un misterio mayor.

Hasta el momento, sabíamos lo que significaba “Angelismo”, sabíamos que el símbolo pertenecía a un Arcángel llamado “Uriel”

y ahora, se había sumado la presencia de este “extraño hombre barbado” y nuevos conceptos: “No salgas de Casa”

No entendíamos qué era “la marca” ni cómo interpretar aquello de los “ídolos falsos”. Pero había una certeza inquebrantable: algo más allá de lo normal estaba tratando de comunicarse, y nuestra vida —de alguna forma— estaba entrelazándose en una trama cósmica que trascendía los límites de nuestra comprensión humana.





8.- OCHO AÑOS ANTES

Era 1997.

Mony y yo aún vivíamos en la Ciudad de México, y nuestra agencia de publicidad, **Grupo Gráfico Lobo**, atravesaba uno de esos periodos que, vistos en retrospectiva, parecen irreales. Proyectos con empresas que hasta entonces solo habían existido como ideas lejanas —casi como fantasías— comenzaban a concretarse con una naturalidad desconcertante. No llegaban de forma abrupta ni forzada. Simplemente aparecían. Como si hubieran estado aguardando el momento exacto para manifestarse en nuestras vidas.

Desde fuera, podía parecer el resultado lógico del esfuerzo, la constancia y la perseverancia. Y en parte lo era. Trabajábamos duro. Aprendíamos rápido. Nos exigíamos más de lo que sabíamos que podíamos dar. Pero, aun así, algo no terminaba de encajar en esa explicación. Había una sensación persistente de que no todo se estaba moviendo únicamente en el plano visible. Como si existiera otra capa de realidad operando en paralelo, silenciosa, atenta, respondiendo a ciertos eventos internos que todavía no sabíamos nombrar.

Un ejemplo claro de aquello fue **Teléfonos de México (TELMEX)**.

Era una empresa monumental. Intocable. Totalmente fuera de nuestro alcance. No teníamos contactos, recomendaciones ni un argumento razonable que justificara siquiera imaginarla como cliente. Su edificio corporativo se levantaba imponente a pocos minutos de nuestras oficinas, casi como un recordatorio cotidiano de lo lejos que estaban ciertos sueños.

Un día cualquiera, mientras pasábamos caminando frente a ese edificio, Mony y yo, sin planificación ni reflexión previa, dije en voz alta, casi como si hablara conmigo mismo:

—Vamos a trabajar con ellos... serán nuestros clientes.

No lo dije como un deseo. Tampoco como un reto. Fue más bien una afirmación lanzada al aire, sin expectativa inmediata. Las palabras quedaron flotando unos segundos y luego se disolvieron en el ruido de la ciudad.

Dos o tres días después, el teléfono de la agencia sonó.

Desde recepción, Gaby —quien nos ayudaba con los teléfonos— nos avisó con un tono que mezclaba sorpresa y cautela:

—Hablan de TELMEX... quieren hablar con el encargado.

Tomé la llamada. Del otro lado, una voz femenina, amable y directa, se presentó desde el área de marketing. Un proveedor había recomendado nuestros servicios. Querían entrevistarnos.

Mony y yo asistimos.

Y, sin grandes ceremonias, comenzamos a trabajar con ellos. No podíamos creerlo, apenas lo habíamos... invocado quizá?

Lo que vino después fue una cadena de acontecimientos difícil de ignorar. A través de TELMEX fuimos referidos a otros clientes y estos, a su vez, nos condujeron hacia marcas como Microsoft y Tupperware. No hubo estrategias agresivas ni campañas de autopromoción. Todo parecía encajar con una fluidez que nos descolocaba.

Éramos jóvenes. Inexpertos, incluso. Pero empezamos a notar algo.

Las coincidencias se repetían.

Las secuencias también.

Pedíamos —a veces en voz alta, a veces en silencio— y algo respondía.

No siempre de inmediato, pero con una constancia que comenzaba a llamar nuestra atención.

Petición. Resultado.

Petición. Resultado.

En esos tiempos, no hablábamos de leyes universales ni de creación consciente. No teníamos teorías ni referencias acerca de la manifestación claras. Solo observábamos. Y, poco a poco, nos volvíamos más conscientes de que algo estaba ocurriendo. Algo que no dependía exclusivamente de la lógica ni del azar.

Empíricamente, sin darnos cuenta, comenzamos a construir nuestra realidad apoyados en esa intuición incipiente. Un conocimiento que años después sería difundido, estudiado y empaquetado de múltiples formas, pero que en ese momento solo existía bajo nuestra experiencia directa.

Un proyecto llevaba a otro.

De imprimir tarjetas de presentación en serigrafía pasamos a desarrollar campañas para corporativos. Luego, a concebir marcas desde su origen, desde la primera idea hasta su expresión final. Vivíamos un periodo de plenitud que deseábamos sellar de alguna manera especial.

Queríamos una mascota para la agencia.

Pero no cualquier mascota: queríamos un lobo, o al menos un perro que pareciera uno.

Durante meses buscamos un perro de raza **Alaskan Malamute**. El nombre estaba decidido incluso antes de encontrarlo y, obviamente, era **LOBO**.

Cuando finalmente lo hallamos, provenía de una camada de siete cachorros. Desde el primer momento fue evidente que él era el alfa. Había algo en su postura, en su mirada, en la manera en que se movía entre sus hermanos. Corría de un lado a otro y no paraba de jalarles las colas a los demás cachorros. Parecía no importarles nuestra presencia; él solo quería jugar. De pronto se detuvo, se sentó y nos miró fijamente. En ese instante, nos enamoramos de él.

Lo compramos y, cuando lo separamos de su familia, pasó algo que no habíamos considerado. Lo estábamos separando de su madre y de sus hermanos, y eso quedó grabado en nosotros de forma indeleble.

Su madre, desde la azotea de la casa donde lo compramos, comenzó a correr desesperada al verlo partir. De su pecho emergió un aullido largo y profundo, cargado de una tristeza que atravesó el aire. El cachorro respondió con un sonido frágil, casi quebrado; un pequeño aullido que parecía contener toda la pena del mundo.

Mony y yo nos miramos en silencio.

En ese instante le hicimos un juramento: amor incondicional, protección y cuidado absoluto.

LOBO había llegado.

Y, aunque aún no lo sabíamos, nada volvería a ser igual.

El trabajo continuó creciendo. Marcas como Domecq y Tequila Herradura se sumaron al camino y, con ellas, nuevos proyectos impulsados por el auge tequilero de la época. Cada oportunidad parecía confirmar que algo estaba alineado, que no avanzábamos solos.

Entre todos los proyectos, uno destacó por su peso simbólico y la responsabilidad que implicaba: la creación de una marca de tequila desde cero.

El lienzo estaba completamente en blanco.

Solo un nombre resonaba con fuerza:

Don Alejo.

Días y noches transcurrieron sin que la inspiración apareciera. Nada de lo que creábamos tenía la esencia necesaria. Era como si el proyecto se negara a tomar forma. Exhausto, en un momento de rendición genuina, pedí desde lo más profundo de mí:

—Por favor... necesito inspiración, necesito un diseño.

Y esa noche, tuve un sueño.

Un hombre canoso, de barba blanca, se presentó ante mí y, sin decir nada, me entregó los diseños completos de la etiqueta, el tapón y la botella. Todo era claro. Preciso. Detallado. No había dudas ni vacíos. Al despertar, la obra estaba impresa en mi mente con una nitidez imposible de olvidar.

Una vez más, algo había respondido.

Recordé entonces una frase que había leído tiempo atrás en un panfleto religioso y que ahora resonaba de una manera distinta:

—*Pedid, y se os dará.*

Pasaron dos años.

La prosperidad llenaba la agencia. El aroma del café recién hecho impregnaba los pasillos. Ahora, el sonido constante de las máquinas offset se mezclaba con el clic del mouse y el roce del papel. Trabajábamos sin medir el tiempo, atravesando tardes, noches y madrugadas, mientras la ciudad se rendía al descanso.

Hasta que, a inicios del año 2000, algo cambió.

La atmósfera se volvió densa.

Pesada.

Mony y yo comenzamos a sentir una presión interna difícil de explicar: tensiones, envidias, una energía que parecía infiltrarse incluso en lo más íntimo de nuestra relación. Supimos, sin necesidad de discutirlo demasiado, que para continuar juntos debíamos alejarnos de aquello, pero eso significaba dejarlo todo y volver a empezar.

La idea de partir se formó en mi mente mientras yo me encontraba en San Diego, a más de tres mil kilómetros de distancia, de visita con unos familiares. Al regresar, Mony me recibió en el aeropuerto y, antes de que yo pudiera decir una sola palabra sobre lo que había reflexionado, dijo simplemente:

—Sí.

—¿Sí... qué? —pregunté, confundido.

—Sí. Vámonos.

Me quedé en silencio. No era la primera vez que ella anticipaba mis pensamientos. Tampoco sería la última.

Planeamos mantener la agencia a distancia, pero el ciclo no se cerraba. Los proyectos seguían llegando. Las traiciones también. Comprendimos que **Grupo Gráfico Lobo** no sobreviviría sin nosotros.

El estrés se acumuló hasta convertirse en una voz persistente que me hablaba durante las duchas matutinas:

—¿Qué vas a hacer? Preguntaba esa voz insidiosamente.

La pregunta se repetía una y otra vez, hasta que un día respondí en voz alta:

—No lo sé... dime qué hacer.

Y, una vez más, la respuesta llegó en forma de sueño.

En ese sueño ingresé a un lobby amplio y majestuoso. Todo era piedra, silencio y altura. En la recepción me indicaron que subiera por el elevador, porque me estaban esperando. No había botones. Solo ascendí.

Cuando las puertas se abrieron, me encontré en una sala vacía. En el centro, un gran escritorio de piedra. Detrás de él, un hombre canoso, de barba larga y ojos color miel.

Me miró con una serenidad que desarmaba y dijo con voz suave y paternal:

— Miguel. No te preocupes. Haz lo que tienes que hacer. Desde hoy, yo voy a cuidar de LOBO. —

Asumí, que estaba refiriéndose a la Agencia.

Hoy puedo identificar a aquel hombre de mi sueño: era el mismo que me había dado el mensaje en mi patio. Y el mismo que me entregó el Diseño de Don Alejo. Nunca imaginé que seis años después volvería a verlo.

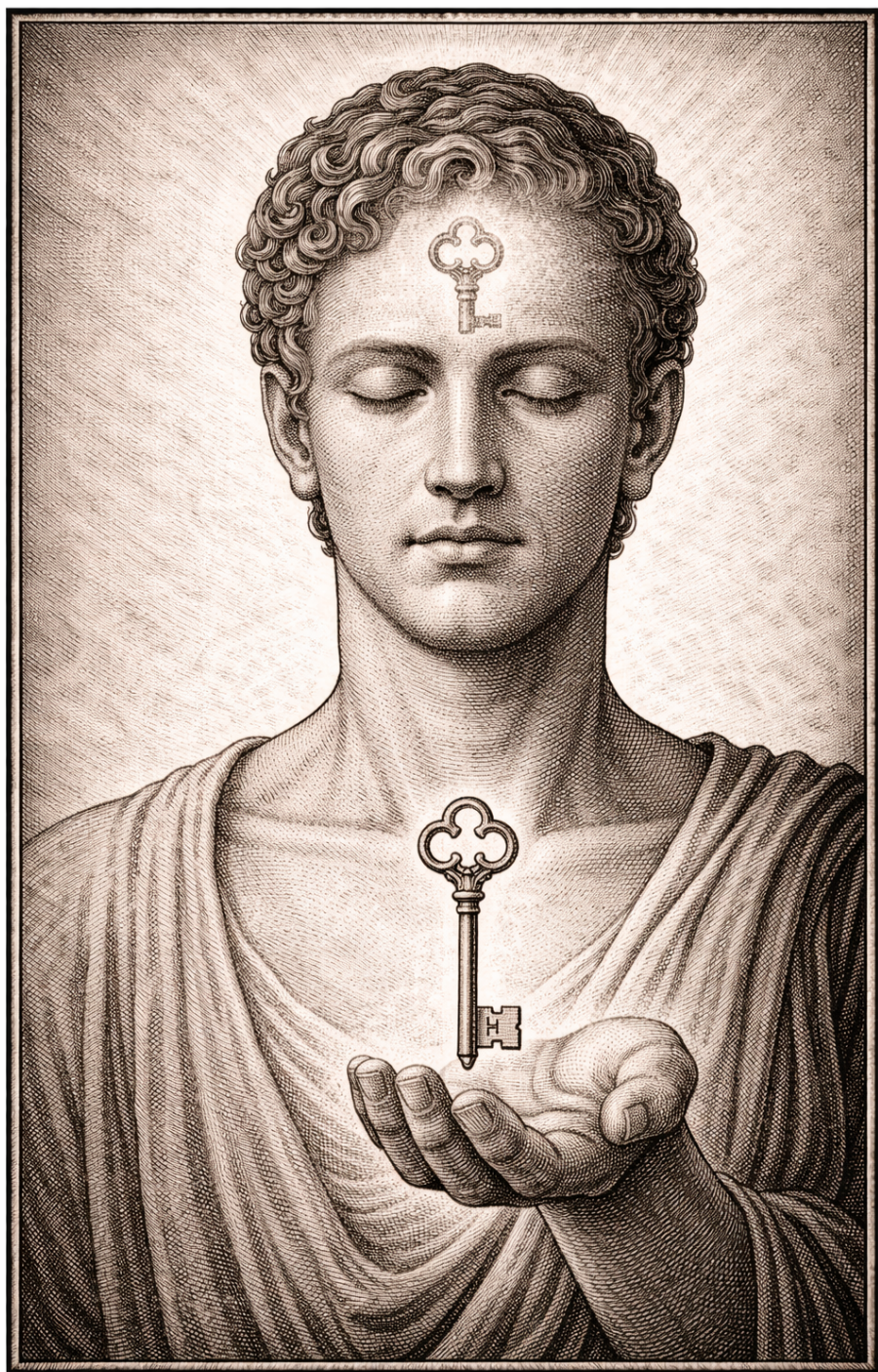
Carl Jung quizá habría interpretado aquel sueño de otra manera: el edificio como un símbolo de ascenso interior; el lobby, como un espacio de transición entre lo consciente y lo inconsciente; y al guía, como una manifestación del proceso de individuación. No lo sé.

Pero en aquel momento yo tenía mi propia interpretación. Solo sabía que algo me había sido entregado y me sentía "extrañamente protegido".

Ese mismo fenómeno interno que entonces comenzaba, se repetiría años después y me dejaría una palabra que cambiaría todo:

Angelismo.





9.- COINCIDENCIA... O CREACION?

Tras aquel mensaje en mi sueño, todo comenzó a fluir como si una sincronía mágica lo envolviera. La maraña de situaciones enredadas dejó ver su punta y logramos desenredarla. Nuestros clientes fueron informados de nuestra partida, y su incredulidad ante el cierre reflejaba la misma sorpresa que abrazaba nuestros corazones.

Ciertamente, estábamos cerrando una puerta en México para abrir una nueva en Estados Unidos. Sin más dilación, nos pusimos manos a la obra: preparándonos, despidiéndonos, vendiendo nuestros equipos, soltando poco a poco todo aquello que había sostenido nuestra vida hasta entonces.

Así, después de más de un año de esfuerzos, intentos y planes postergados para dejar México, llegó el fatídico 11 de septiembre de 2001.

Aquella mañana, mientras despertábamos, las noticias repetían una y otra vez la misma imagen: *aviones estrellándose contra las Torres Gemelas de Nueva York*. Nuestros ojos se negaban a aceptar la realidad que se desplegaba ante nosotros en las escenas transmitidas en vivo por los noticieros. Los colosos, erguidos hasta ese momento como símbolos de una era, caían engullidos por fuego y polvo, anunciando un quiebre profundo, una transformación irreversible. Estados Unidos jamás volvería a ser el mismo... y nosotros nos encaminábamos justamente hacia allí.

Propuse entonces a Mony que nuestro primer paso fuera Tijuana.

La mirada de amigos y familiares se volvía hacia nosotros con desconcierto. Dejarlo todo y comenzar de nuevo en... ¿Tijuana?

Sin embargo, Mony depositó su confianza en mí y aceptó mi estrategia, que al final del día resultó ser acertada. Nuestro objetivo

final era California, pero nos enfrentábamos a un dilema inevitable: ¿cómo llegar a un lugar completamente nuevo sin trabajo, sin clientes, sin conocimiento real de su cultura ni de sus leyes?

Tijuana nos ofrecía dos anclas fundamentales: el idioma y costos familiares. Dos puntos de apoyo que nos permitirían hallar firmeza en suelo desconocido. San Diego, en cambio —considerada la ciudad más fina de América— solo nos ofrecía, dentro de nuestras posibilidades, un diminuto apartamento de una habitación, donde ni siquiera LOBO, nuestro fiel Malamute, podría acompañarnos. En Tijuana, por el contrario, podríamos establecer nuestra morada y comenzar de nuevo en un entorno más cercano a lo que habíamos dejado atrás.

Con las decisiones ya tomadas, sin opciones de retroceso, tomé la iniciativa y, durante los primeros meses de 2002, partí solo en busca de nuestro destino. Era una fortuna incierta la que me aguardaba, resguardada —o al menos así lo sentía— por la promesa de aquel hombre barbado de mi sueño.

Llegué a Tijuana y me dirigí a la sección conocida como Playas de Tijuana, un pintoresco poblado costero que me había cautivado en una visita previa. La vida allí se desplegaba como un regalo inesperado. Sus calles palpitaban con la vitalidad de los lugareños, mientras la brisa salina acariciaba mi rostro. Modestas fachadas de pequeños negocios se sucedían a lo largo de la costa, testigos silenciosos de encuentros, despedidas y rutinas cotidianas.

Y allí, dominando el paisaje con serenidad ancestral, se alzaba un faro centenario. Firme, paciente, como una señal de esperanza y guía para los navegantes de los mares... y también de la vida.

Entonces después de mucho buscar, la encontré.

La alegría me inundó por completo. Llamé de inmediato a Mony para comunicarle la noticia, pero sentí el impulso de no revelar detalle alguno sobre la apariencia ni la ubicación de la casa. Sabía que aquel lugar la colmaría de felicidad. Me limité a decir:

—Ya está, la encontré... ¡te encantará!

Volví por ella. Dejamos a LOBO a cargo de los muchachos que aún trabajaban en la agencia, mientras terminábamos de organizarnos. Empacamos nuestras vidas en un camión repleto de objetos amados, sueños e ilusiones incluidos. Con lágrimas en los ojos y en el corazón, nos despedimos de nuestras familias. Nos alejamos sabiendo que no habría retorno. Nos dirigíamos hacia una nueva vida, hacia la oportunidad de reinventarnos.

Al llegar al Aeropuerto de Tijuana no había nadie esperándonos, pero eso no mermó nuestra emoción. La vida se abrió ahora como un lienzo en blanco, y el mundo entero parecía ofrecernos sus colores. Alquilamos un automóvil —un Cavalier color borgoña, según guarda mi memoria— y poco a poco nos alejamos del aeropuerto, adentrándonos en la ciudad. Me resultaba imposible descifrar el gesto en el rostro de Mony: ¿emoción, decepción, o temor?

El trayecto inicial no destacaba por su atractivo; evocaba más bien las colonias periféricas de la Ciudad de México. Sin embargo, hice un breve recorrido por la zona turística de Tijuana, mostrándole su encanto, como un anticipo suave de lo que vendría.

Conforme el tiempo transcurría y el destino parecía retrasarse, Mony preguntó:

—¿Falta mucho?

La miré emocionado mientras manejaba, sonreí y negué con la cabeza.

—Estoy emocionada por verla —dijo—. ¿Sabes? Soñé con la casa.

Aquella frase despertó mi atención.

—¿En serio? —pregunté intrigado—. ¿Cómo era?

Mony comenzó a describir su sueño, pintando la imagen de la casa con tal detalle que apenas pude disimular mi asombro. Sin haberle

dicho absolutamente nada, describía con precisión la casa que había alquilado. No había forma de que lo supiera, ni de que alguien se lo hubiera revelado.

—Hmm... espero no decepcionarte, pero no es así —respondí, intentando preservar la sorpresa, aun sabiendo que era exactamente como la había soñado.

Seguimos avanzando hasta tomar una carretera que nos alejaba definitivamente de la ciudad. La duda se apoderó de ella.

—¿Hacia dónde vamos?

—A tu nuevo hogar —respondí con una sonrisa.

Entonces, tras subir la última colina del camino, el mar se reveló ante nosotros.

La emoción de contemplar el océano, especialmente para quienes habíamos vivido atrapados en la jungla de concreto, es indescriptible. No intentaré explicarlo; ni siquiera las palabras más elocuentes podrían hacerle justicia.

El aire salado y la brisa marina nos dieron la bienvenida al pintoresco poblado costero de Baja California. Sus calles, animadas por el ir y venir de la gente, estaban salpicadas de pequeños restaurantes y tiendas a lo largo de la costa. Yo sabía que el faro, erguido imponente frente al mar, le causaría emoción y fascinación.

—¡Qué emoción! ¿Aquí viviremos? —preguntó Mony, con la voz cargada de asombro.

Continué conduciendo. Exploramos el lugar de punta a cabo hasta llegar al final del camino, donde un prominente risco se alzaba, coronado por lo que, a partir de ese día, sería nuestro hogar.

Al llegar, Mony quedó sin palabras. Yo supe, en ese instante, que lo que contemplaba era la casa de su sueño, la misma que me había descrito momentos antes.

—¡Esta es la casa blanca de mi sueño! —exclamó.

Una casa completamente blanca, de piso a techo. Muros de estuco pintados de blanco, pisos de mármol... Para nosotros, como artistas gráficos, era un auténtico lienzo en blanco, listo para llenarse de color y vida. Desde su balcón, el océano nos saludaba con su eterno vaivén, un espectáculo natural que pronto se convertiría en el rincón favorito de LOBO.

Fue entonces, mientras observaba su emoción y la serenidad con la que parecía reconocer aquel lugar, que recordé algo.

Mentiría si dijera que no me sorprendía, pero, con el tiempo, había aprendido que Mony poseía una intuición que desafiaba toda lógica.

Recuerdo, por ejemplo, una ocasión en que salíamos de vacaciones rumbo a Acapulco, en plena primavera. Antes de partir, regresó a su casa y volvió al auto cargando un paraguas, unas botas y una gabardina.

—¿Estás segura? —le dije al verla—. ¡Vamos a Acapulco!

Horas más tarde, ya en la autopista, un diluvio como pocos nos sorprendió de pronto. La lluvia provocó que una camioneta se volcara en una curva frente a nosotros. Me detuve de inmediato y bajé a intentar auxiliar a las personas atrapadas. Mientras yo corría al auto entre la lluvia, pude ver a Mony calzándose las botas, cubriéndose con la gabardina y abriendo el paraguas, para luego caminar al teléfono de emergencia que se encontraba a unos metros.

No supe qué me sorprendió más: la tormenta inesperada o la forma en que, esta vez, su intuición parecía adelantarse con una precisión que incluso a mí me dejó sin palabras.

Pero volviendo a ese momento, a ese día, a esa casa frente al mar...

Al día siguiente llegó la mudanza. Semanas después regresamos a México para recoger a nuestro Malamute. En ese instante sellamos definitivamente nuestro tiempo en la Ciudad y nos aventuramos a vivir la nueva experiencia, confiados en que estábamos protegidos y guiados por aquel extraño hombre de mi sueño.

Fue en ese rincón fronterizo, donde una frase grabada en un monumento declaraba: **“Aquí empieza la Patria”**. A un costado, el muro fronterizo marcaba el punto donde México cedía su espacio al país vecino. Ahí, en ese límite simbólico y real, habíamos hallado nuestro nuevo hogar.

Los primeros días transcurrieron entre acomodados y silencios. Nuestra alimentación se reducía a sopa instantánea de fideos y tazas de chocolate caliente preparado con agua, acompañadas de un sencillo pan dulce de canela. Nada sobraba. Nada faltaba.

Las noches en Playas de Tijuana tenían un encanto casi místico. El rugido de las olas al estrellarse contra el risco, aunque imponente, resultaba profundamente hermoso. Las mañanas, en cambio, se llenaban de susurros marinos, voces lejanas y el aroma del océano impregnándolo todo. El tiempo parecía detenerse allí, y cada instante se vivía con una intensidad singular.

La playa, a escasos pasos de casa, nos invitaba constantemente a recorrerla, ofreciéndole a LOBO la oportunidad de correr libre y explorar su nuevo mundo.

A las pocas semanas de habernos instalado, cruzamos la frontera hacia San Diego para visitar a Carlos, un tío mío, hermano de mi padre. Entre risas, conversaciones amenas, un exquisito vino californiano y una cena memorable, la noche transcurrió de manera especial. Carlos nos brindó su apoyo ofreciéndonos trabajo de diseño e impresión para su empresa. Pero lo más significativo fue la recomendación que nos hizo: una persona que, con el tiempo, se convertiría en nuestro mejor amigo.

—Su nombre es Jorge García —nos dijo—. Él y su esposa son los contadores de mi negocio. Son personas excepcionales.

—Mañana mismo me pondré en contacto con él para avisarle que los visitarán —añadió.

Al día siguiente, después de esperar más de tres horas en la fila para cruzar la frontera, llegamos a la dirección que Carlos nos había proporcionado. Se trataba de un centro de negocios compuesto por varios edificios de oficinas, rodeados por un amplio estacionamiento adornado con más de cien palmeras que se mecían suavemente con el viento.

Entramos y nos dirigimos a la recepción. La joven que nos atendió nos recibió con una amabilidad genuina.

—Por favor, esperen un momento. El señor García los atenderá enseguida —dijo, con ese tono particular que tienen los estadounidenses al hablar español.

Mientras aguardábamos, mi mirada se perdió en el estacionamiento. Las palmeras se balanceaban con gracia, y de manera espontánea brotó de mis labios una afirmación:

—Me encantaría trabajar aquí.

Mony me miró.

—¿Te imaginas? —continué—. Reabrir la agencia aquí, con esta vista.

No sabíamos —ni podíamos anticipar— que aquel encuentro transformaría nuestras vidas desde ese instante. Nuestra llegada a esa oficina marcó el inicio de una colaboración fructífera. Jorge se convirtió no solo en un aliado profesional, sino en un amigo entrañable. Las puertas de la oportunidad se abrieron de par en par y, en poco tiempo, lo que había sido *Grupo Gráfico LOBO* en México renacía como **LOBO MEDIA**, con su propio espacio en ese preciso lugar que tanto nos había cautivado.

La magia de la creación y la manifestación que ya habíamos experimentado volvía a desplegarse ante nosotros una vez más.

Nos sentíamos llenos de júbilo, pero también éramos conscientes de que aquello transcendía la simple casualidad. Algo operaba detrás del velo de lo cotidiano.

¿Cómo funcionaba realmente esa conexión entre nuestros deseos y la realidad?

¿Era acaso el resultado de nuestras palabras lanzadas al universo... o apenas comenzábamos a comprender una ley mucho más profunda?





10.- CUANDO EL ALUMNO ESTÁ LISTO...

Las sincronicidades que ya se habían revelado, las voces que susurraban desde lo inexplicable, las premoniciones que parecían guiarnos y la poderosa sensación de ser custodiados por un “alguien” cuya promesa había emergido en un sueño, nos empujaron a una búsqueda espiritual. Anhelábamos entender, aunque fuera un poco más, los hilos entrelazados que tejían los acontecimientos de nuestra vida.

En una continuidad sorprendente, como si fuera otro paso escrito en el libro de nuestro destino, Jorge —nuestro amigo, quien ya entonces era un exitoso empresario en la región— compartía nuestras inquietudes en esos días y se encontraba siempre en constante búsqueda de herramientas y conocimiento que lo ayudaran a crecer como empresario y como persona. Como un eco del universo, nuestras trayectorias convergieron de manera sorprendente.

En medio de su vorágine de cursos y aprendizajes, Jorge nos introdujo al *Foro Landmark*. Este foro, originado por Werner Erhard en los años setenta, había sido bautizado como *EST*, las siglas de *Erhard Seminars Training*. El visionario detrás de esta perspectiva única, Werner Erhard —cuyo nombre real era Jack Rosenberg—, había dado vida a esta filosofía.

Jorge, ya enriquecido por años de experiencia en el Foro, había internalizado conceptos poderosos que transformaron su propia senda. Extrañamente, nuestra historia de audacia —de despedirnos de lo conocido para abrazar una nueva vida— capturó su atención, y nos consideró idóneos para adentrarnos en esta senda de conocimiento.

Mony y yo nos encontrábamos en un momento crucial de nuestra exploración espiritual: hambrientos de respuestas, dispuestos a

desafiar paradigmas y enfrentar enigmas con valentía. Por ende, aceptamos con entusiasmo la invitación de Jorge para sumergirnos en esa experiencia de conocimiento que parecía alinearse con nuestra búsqueda.

Desde el primer instante, el Foro desplegó conceptos fascinantes ante nosotros. Estas ideas resaltaron con claridad, como si resonaran con las conclusiones que habíamos comenzado a atisbar por nuestra cuenta. Aquello que se había intuido, pero no del todo expresado, halló su eco en estas enseñanzas.

El Foro se convirtió en el hogar de las palabras que describían nuestras percepciones; el vehículo que convertía nuestras intuiciones en pensamientos concretos. Nos sumergimos en un río de sabiduría, nutriendo nuestras almas con las verdades trascendentales que ofrecía el Foro. Verdades como:

“La vida está vacía, sin sentido y sin propósito”: uno de los puntos clave es cuestionar las interpretaciones y significados que asignamos a las situaciones y eventos de la vida. Esto no necesariamente significa que la vida carezca de significado, sino que invita a examinar las creencias y suposiciones que influyen en cómo percibimos el mundo.

“No hay Dios”: Landmark se considera a sí mismo como una organización secular y no religiosa. Aunque el enfoque no es antirreligioso, en su enseñanza no se promueve una creencia específica en un Dios o entidad divina. El énfasis está en la autorresponsabilidad y en cómo cada individuo puede empoderarse y tomar control de su vida.

“Creador de significado”: se promueve la idea de que cada individuo tiene la capacidad de crear su propio significado y propósito en la vida. En lugar de depender de estructuras externas, como religiones o sistemas de creencias preestablecidos, se alienta a las personas a explorar sus propias aspiraciones y valores personales.

“Responsabilidad personal”: un pilar fundamental del *Landmark Forum* es el concepto de responsabilidad personal. Se anima a los participantes a asumir la responsabilidad de sus propias acciones, emociones y resultados en la vida. Esto implica dejar de culpar a factores externos y tomar el control de la propia narrativa.

“Romper patrones”: el programa tiende a enfocarse en identificar y romper patrones de pensamiento y comportamiento que pueden estar limitando el crecimiento personal. Esto se logra a través de la autoconciencia y la exploración de cómo los hábitos y las reacciones automáticas influyen en nuestras vidas.

“Ser íntegro”: la integridad, según el enfoque de Landmark, se refiere a la congruencia y coherencia entre lo que dices, lo que haces y lo que piensas en tu vida. En otras palabras, ser íntegro implica vivir de acuerdo con tus valores, ser honesto contigo mismo y con los demás, y asumir la responsabilidad de tus acciones y compromisos.

Uno de los conceptos que caló profundamente en nosotros fue el de **“crear tus propios milagros”**, que explora la noción de que todas las personas poseemos el poder de influir en nuestras vidas de un modo que podría parecer extraordinario o incluso milagroso.

Gradualmente, esta noción contribuiría a dar una explicación a nuestra propia técnica de creación, que había venido manifestándose poco a poco a través de situaciones muy concretas en nuestra vida a lo largo de los años; situaciones que dejaban muy poca cabida a la coincidencia y que continuarían manifestándose más adelante, cada vez con un mayor grado de complejidad y acierto.

El Foro había cumplido su cometido en nosotros; sin embargo, una aprensión nos acompañaba, y sentíamos que aún había terrenos por explorar en esta búsqueda.

Mony albergaba el deseo de ascender hacia niveles más elevados dentro del Foro, mientras que en mí germinaba una desconexión.

Mis propias reflexiones emergieron y comenzaron a imponerse sobre los conceptos recibidos.

Mi reticencia tomó forma, en gran medida, debido a un aspecto del Foro que requería que los participantes —como parte esencial de su desarrollo en la integridad— invitaran a un número específico de personas a unirse. Mediante esta acción, el participante demostraba el compromiso de su búsqueda de transformación al compartir el camino de cambio con otros. Sin embargo, esta condición me pareció paradójica y, a mis ojos, poco congruente con la integridad, pues no por cumplir una tarea para cubrir una meta propia convencería a una persona de tomar un sendero para el que, muy probablemente, no estuviera preparada.

Una profunda reflexión resonaba en mi mente:

“Solo cuando el alumno está listo, entonces... el maestro aparece.”

Las oportunidades de aprendizaje y orientación surgen cuando uno está dispuesto y abierto a recibirlas.

“No puedes llevar a nadie a donde no quiere ir”. Forzar ese tránsito puede generar resistencia e incluso rechazo, convirtiendo la oportunidad en una semilla inviable.

Es como cuando, de niño, te obligan a comer algo que... aún no estás convencido de probar. No importa cuántas veces te digan que es bueno o nutritivo: el forzarlo puede provocar tal rechazo que, quizá nunca más quieras volver a probarlo, o quizá... hasta te enferme.

Lo mismo... ocurre con la información.

No obstante, el despertar a conceptos que otorgaban significado a nuestro pensamiento abstracto propició la apertura de un nuevo mundo comunicativo ante nosotros. Ahora, Mony y yo podíamos sostener conversaciones con mayor coherencia para compartir nuestras ideas, hablando con el verdadero nombre de conceptos que antes solo habitaban como pensamientos. Esto enriqueció nuestro vocabulario y expandió nuestra comprensión, la cual, más

adelante, se convertiría en uno de los pilares de nuestra vida al revelarnos nuevas y sublimes posibilidades.



